

**N**O se propone este artículo hacer pronósticos acerca de lo que va a ser la economía después de la guerra, sino **establecer** lo que quiero insinuar que su objeto es advertir prudencia en aceptar catinios prematuros. La guerra trastorna de tal modo las cosas, y tan imprevisiblemente, que nada de lo que antes pudiera esperarse lógicamente suele ocurrir después. El mayor arcano de una guerra no es de quién será la victoria, con ser la suerte de las armas un azaroso enigma, sino qué sucederá después de la victoria. He aquí donde los dados nos suelen deparar las más insospechadas jugarretas. Acordémonos de la otra guerra.

Desde luego, las conjeturas, basadas en el supuesto de que la política económica de postguerra haya de ser una prolongación de los rumbos que ha seguido en los países vencedores, cualesquiera que sean éstos, me parecen las menos razonables. Las guerras se hacen por algo y para algo: se hacen porque hay un estado de cosas que no corresponde a condiciones nuevas; y se hacen para cambiarlo, para que después de la guerra no suceda todo lo mismo que sucedía. Y la sorpresa de las grandes guerras es que trastornan el mundo mucho más de lo que nadie pudo suponer. Aunque las guerras se hicieran por simple van belicoso, siempre resultaría que tras de ellas apenas queda nada que sea exactamente igual que antes. Y es evidente que la política económica, que, como toda política, ha de ser realista si no quiere ser falsa, necesita adaptarse a las circunstancias. Cuando no sabe percatarse de los cambios, acontecidos, como ocurrió en buena parte entre las dos guerras, pronto la insobornable realidad obliga a rectificar el rumbo. No tuvo poca parte en que los negocios del mundo marcharan de mal en peor, hasta venir a desembocar en la catástrofe, la obstinación en los

no puede vencer y predominar en la guerra más que una nación fuertemente industrializada y de alta técnica, y para una nación de ese tipo no puede ser un ideal encerrarse en la autarquía, que sería la negación de los ventajas de su técnica, consistentes en el trabajo con gran organización en la producción de artículos industriales para un área extensa, obteniendo en cambio los alimentos y materias primas en que resulte el país deficitario. Inglaterra no ha sido autárquica mientras su poder le ha permitido tener abiertos los caminos del mundo. Lo fué relativamente en tiempos de Cromwell, e inició un tímido retorno a un tipo de autarquía imperial cuando las circunstancias económicas se manifestaron adversas; entonces restableció un proteccionismo moderado con un sistema de aranceles preferenciales para el Imperio, un Imperio que a la sazón era muy vasto. Pero en el siglo pasado la gran Albión había sido el adalid del libre cambio, único régimen de vida próspera en un territorio naturalmente bastante pobre y que sólo el desarrollo industrial podía hacer rico.

La autarquía es siempre una cosa de posibilidades relativas. Si alguna vez se realizara una monarquía universal, tal como la soñaron Napoleón y Carlomagno, Felipe II y Julio César, Alejandro y Tamerlán, la autarquía de un imperio tan vasto que abarcará el Mundo sería lo mismo que el libre cambio, pues trasladaría los Aduanas y los controles de moneda a los espacios interplanetarios, lo cual nos puede tener sin cuidado durante mucho tiempo todavía. En cambio, es inconcebible que un pequeño país como Andorra, por ejemplo, pudiera vivir en régimen autárquico. Se da el caso de pequeños pueblos que, por circunstancias geográficas, viven en autarquía forzosa, pero no pasan de ser tribus de nómadas o de montañeses.

No parece que en esto tiene gran influencia el parentesco de raza o de psicología. Sin duda no hay dos pueblos más afines bajo este aspecto que la Gran Bretaña y Norteamérica. Sin embargo, el primero ha sido libre-cambista absoluto mientras tuvo el dominio del mar. En cambio, los Estados Unidos, país poderoso también, se han mantenido fieles a un proteccionismo bastante riguroso. Pero es que los Estados Unidos son una nación suficientemente dotada en su inmensa extensión, que dispone prácticamente de los recursos de toda América; de una masa propia de consumidores muy vasta y de un área suplementaria de clientes en el resto del Nuevo Continente.

Después de todo, la autarquía es vieja en el mundo. Hace cinco siglos se llamó mercantilismo, y antes de la Gran Guerra, su nombre era proteccionismo. Aunque los fines confesados eran diferentes, la tendencia era la misma: defenderse de los productos extraños. En el mercantilismo, el pretexto era obtener dinero, metales monetarios, un saldo favorable de la balanza mercantil, en suma. En el proteccionismo, la finalidad, según los manuales de Economía, es fomentar las industrias en el territorio nacional; pero en la política práctica de tratados, aranceles y acuerdos de compensación, el anhelo íntimo es obtener un saldo favorable de la balanza de pagos, porque eso asegura el calor de la moneda propia frente a las extranjeras. En la autarquía, la finalidad es más franca y radical: no depender de nadie, bastarse a sí mismo (los ingleses la llaman self sufficiency, autosuficiencia), mas no se olvidó que la autarquía nació primordialmente de la necesidad de defender las monedas en el torbellino monetario, que ha sido una de las características económicas de los últimos veinte años. La filiación común de estas tres cosas es indudable.

No ha terminado la guerra, y cuán distintas suenan ya las voces de los países beligerantes que sonaron antes de las hostilidades! Mientras los países llamados democráticos nos hablan de ordenar y organizar el mundo económico, de no permitir la anarquía de los precios internacionales, los países autoritarios ponen límites a la idea de la autarquía y hablan más bien de organizar y distribuir la producción. Pues aunque estas dos cosas parezcan muy semejante, económicamente la primera representa un grado menor de libertad que la segunda. Regular los precios, y nada menos que los precios internacionales, es algo sumamente difícil; aunque el propósito original no sea de ejercer grandes coacciones, todo el mundo que conozca la dificultad de una tarea semejante comprenderá a qué grados de coerción se necesitaría llegar paso a paso si se quisiera obtener algún resultado positivo; es posible que al principio se establecieran simples prescripciones, pero a medida que se viesan fracasas una tras otra, sería necesario acudir, si el poder para ello acompañase, a violencias extremas, muy restrictivas para el comercio. En cambio, el distribuir la producción por zonas, teóricamente al menos siguiendo las aptitudes naturales, aunque no se halle exento de propósitos coactivos, indica cuando menos un designio de fomento comercial, ya que el comercio no es más que el resultado de la especialización productiva, y la consecuencia de ello sería el atenuar las barreras comerciales. Es imposible prever lo que será de todos estos propósitos escritos en la arena del tiempo, en una época tan huracanada; nos hallamos enteramente en manos de los Hados. Una guerra que empieza es una puerta que se debe hacer lo desconocido. Tras ella, la bruma del futuro se muestra más espesa que nunca.

# El futuro económico

FONDO DOCUMENTAL

*Jerman Bernacer*

Por **GERMÁN BERNÁCER**  
Jefe del Servicio de Estudios del Banco de España

errores. El carácter circunstancial de la política es lo que impide hacer precisiones sobre ella, pues quién puede preter cuáles serán las circunstancias después?

Una de las tendencias más acusadas de la anteguerra ha sido la autarquía, y también una de las cosas a cuyo beneficio más se especula para trazar una imagen del mundo económico después de la guerra. Pues bien, si hay algo que me parece poco justificado esperar, es la acentuación de esa tendencia. La autarquía es un régimen de guerra económica, precursor de la guerra de las armas. Es natural que sea autárquica una nación que teme ser cortados sus aprovisionamientos exteriores, una nación que no puede garantizar sus caminos comerciales y que, en un régimen de monopolio mercantil ejercido por sus rivales, no está segura de que no se le cierren los mercados de aprovisionamiento y de evacuación de sus excedentes de producción. Pero las naciones autárquicas no han emprendido la guerra para continuar siéndolo, sino, probablemente, para destruir las causas que les obligan a serlo.

Si, como resultado de la guerra, unas naciones quedan vencidas al punto que el vencedor pueda imponerles su voluntad, no creemos que esa voluntad—cualesquiera que sean las naciones vencedoras—consista en obligarlas a encerrarse en su concha y vivir de su propia substancia sin intercambio exterior; antes bien, parece probable que lo que procuren es imponerles un régimen comercial que los vencedores entiendan favorable para ellos. Pero no hay régimen comercial que no consista en un intercambio de productos. De una nación arruinada por la guerra no se puede obtener más que su trabajo materializado en mercancías a cambio de otras mercancías del trabajo ajeno; toda limitación que se le imponga en su comercio y en sus aprovisionamientos, le resta posibilidades de trabajo y de rendimiento y disminuye, por consiguiente, lo que se puede sacar de ella.

La prosecución de la autarquía sólo se concibe en el caso de que la decisión de la guerra no sea tan clara que el vencedor pueda imponer su plena voluntad; entonces resultaría una paz precaria, en la cual es muy natural que las naciones que se considerasen perjudicadas aprovecharan sus recursos y procuraran desarrollarlos para librarse de la supeditación comercial a los demás y preparar una nueva contienda. Sin pretender hacer ningún pronóstico sobre el resultado de la guerra, es indudable que no es esa la perspectiva con que se hace. Podrán discutir los pacifistas si vale la pena hacer la guerra de todos modos; pero ni aun los más belicistas discutirán que para eso no vale la pena hacerla.